

## MI LUCHA EN NICARAGUA\*

### I. La Guerra Civil de 1854 y el surgimiento de La Falange

El 5 de mayo de 1854 unos cincuenta y cuatro nicaragüenses desembarcaron en El Realejo, bajo la dirección del notable caudillo liberal don Máximo Jerez, dando inicio a la sublevación contra el presidente conservador don Fruto Chamorro, a quien acusaban de haber obtenido el poder mediante cohecho al colegio electoral y en perjuicio del candidato liberal. La revolución obtuvo grandes victorias para los liberales o democráticos, que hicieron retroceder a los conservadores o legitimistas hasta Granada, plaza que pusieron en asedio con el llamado *"ejército democrático"*. También organizaron un gobierno provisional, a cuya cabeza fue designado don Francisco Castellón, quien había sido el candidato de los liberales defraudados por Fruto Chamorro. Al finalizar el mes de mayo, el gobierno de Castellón había sido reconocido por todas las municipalidades del departamento de Occidente

y otras poblaciones más. Además, el ejército democrático controlaba los lagos de Nicaragua y el Río San Juan.

Sin embargo, la posición de los liberales no pudo consolidarse, ya que les resultó imposible tomar la ciudad de Granada. Cuando don Ponciano Corral, General en Jefe de las fuerzas legitimistas, también llamadas conservadoras, logró capturar las embarcaciones que hacían posible el control de los lagos, los democráticos sufrieron un grave revés, produciéndose la retirada de las tropas que asediaban Granada. Entre tanto, el general don Fruto Chamorro había muerto a consecuencia de una enfermedad, razón por la cual la presidencia de Nicaragua recayó en el senador legitimista don José María Estrada, en tanto que la jefatura militar pasó a manos del citado general Corral.

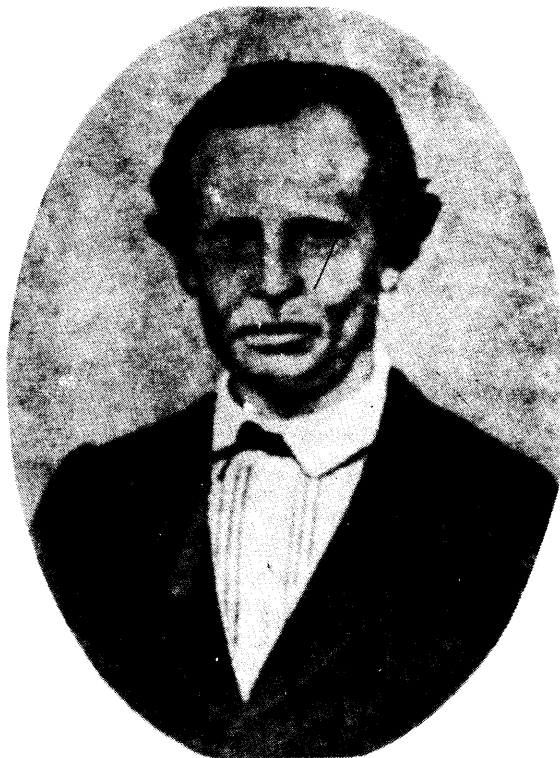
Durante los últimos días de aquel mes de mayo de 1854, los últimos hombres de una expedi-

ción a la Baja California, que habían arriado la bandera mexicana sustituyéndola por otra confeccionada para el caso, llegaban a San Francisco. La expedición fracasó, a pesar de que su destino era crear los cimientos de una sociedad más estable que cualesquiera de las que se hubiesen encontrado en Sonora o la Baja California. El estado de aquella provincia era la mejor disculpa de todo propósito norteamericano encaminado a establecerse allí, aún sin el consentimiento oficial de México. Cualquier organización social, no importa como se obtenga, es preferible a aquélla en la cual los individuos y sus familias están a merced de los salvajes. Muchos de los hombres que lucharon en la Baja California participaron, posteriormente, en los sucesos de Nicaragua.

El jefe de aquella expedición, a quien llamaban coronel Walker, después de su regreso a la Alta California reasumió las tareas como editor de un diario. Allí trató con Byron Cole, uno de los propietarios del periódico, que se había interesado durante varios años por Nicaragua y quien en sus frecuentes conversaciones con Walker le proponía abandonar la idea de establecerse en Sonora y dedicar sus esfuerzos a Nicaragua.

Poco después de enterarse de la revolución emprendida por los liberales de Jerez y Castellón, Byron Cole se embarcó a San Juan del Sur y allí obtuvo de Castellón, el jefe del estado liberal, un contrato que lo autorizaba para enganchar trescientos americanos, con el propósito de que prestaran servicios militares en Nicaragua. Cole regresó a California con este contrato en los primeros días de noviembre de 1854, y en seguida se puso en contacto con Walker para interesarlo en la empresa, mas éste rehusó hacer algo amparado por aquel contrato, pues era contrario a la ley emitida en 1818 por el Congreso, comúnmente conocida como **ley de neutralidad**. Cole se embarcó por segunda vez para San Juan y el 29 de diciembre (de 1854) obtuvo de Castellón un contrato para colonizar, en virtud

del cual debían introducirse trescientos americanos en Nicaragua, garantizándoles a perpetuidad el derecho de portar armas. Walker recibió la concesión a principios de febrero de 1855.



Máximo Jerez.

Dado que el general en jefe de las fuerzas democráticas, don Máximo Jerez, estaba ansioso por conseguir auxilio americano para la campaña contra los legitimistas, surgió la idea de introducir en la sociedad de Nicaragua un elemento regenerador. Walker se preparaba, pero teniendo el cuidado de no despertar sobre su empresa la sospecha de ser ilegal o injusta. Llevó la concesión de Cole al fiscal del distrito norte de California, y dicho funcionario declaró que al proceder de acuerdo con ella no se violaba ninguna ley. Walker también expuso al comandante de la división del Pacífico la índole de la concesión y su propósito de obrar según lo que ella estipulaba, ante lo cual el comandante dijo que no sólo no estorbaría la empresa, sino que además, le deseaba muy buen éxito.

Con la sanción aprobatoria de las autoridades

federales competentes, Walker continuó desarrollando sus esfuerzos para llevar colonos a Nicaragua, logrando después de muchas dificultades que el 4 de mayo de 1855, partieran a bordo del bergantín **Vesta** cincuenta y ocho pasajeros en busca de los trópicos. En su mayoría, estos hombres eran de carácter enérgico, cansados de la monotonía de la vida ordinaria y dispuestos a emprender una carrera que les proporcionara los encantos de las aventuras o las recompensas de la fama.

Cuando el **Vesta** llegó al puerto de El Realejo, el gobierno provisional de los liberales estaba casi totalmente reducido al departamento Occidental. Después de la retirada de Granada, el general Jerez había caído en desgracia con sus partidarios. El jefe del gobierno liberal, don Francisco Castellón, lo había destituido. Ahora estaba al frente del ejército democrático el general Trinidad Muñoz, soldado de gran prestigio en Centro América. Sin embargo, desde que asumió el mando, Muñoz se mantuvo a la defensiva.

Walker pensaba que cuanto más desesperada fuese la situación del gobierno de Castellón, tanto más obligado estaría a seguir cualquier política propuesta por los americanos. Los pasajeros desembarcados del **Vesta** se alojaron en un pueblo cercano a El Realejo, y a la mañana siguiente Walker y algunos de sus hombres se dirigieron hacia León, recibiendo en todos los pueblos del camino muestras de benevolencia y hospitalidad. Castellón recibió a los recién llegados con franca cordialidad, pero no fueron necesarios muchos minutos para ver que aquel hombre no era el llamado a dirigir una rebelión. Había indecisión en sus palabras, en sus facciones y en su manera de andar; los movimientos de su cuerpo y las circunstancias que le rodeaban parecían agravar este rasgo de su carácter. Por la noche vino el general Trinidad Muñoz de visita a casa de Castellón, y allí le fue presentado Walker. Muñoz tenía un aire de fatuidad que delataba su creencia de ser superior a todos los que le

rodeaban. No era difícil percibir que aquellos dos hombres no se querían. Después de haberse retirado el general en jefe de los democráticos, Walker manifestó al primer mandatario que no prestaría sus servicios bajo las órdenes de Muñoz.

Al día siguiente, Walker resolvió volver hasta Chinandega para encontrarse allí a los americanos, pero antes de partir propuso a Castellón realizar una expedición a Rivas, con el fin de ocupar el departamento Meridional.

El 20 de junio, Walker fue nombrado coronel del ejército democrático y el Secretario de Guerra le hizo saber que se darían otros grados a los oficiales americanos. La Falange se organizó en dos compañías, nombrándose dos capitanes, un mayor y un teniente coronel. Conforme a la constitución nicaragüense de 1838, la simple declaración de un ciudadano nacido en cualquiera de las repúblicas americanas lo naturalizaba como nicaragüense, y así lo hicieron la mayoría de los americanos de la Falange.

## II. El primer combate de La Falange

Tan pronto como Walker recibiera la autorización del gobierno de Castellón para expedicionar sobre Rivas, comenzaron los preparativos, de tal manera que el 27 de Junio, durante la medianoche, una fuerza compuesta por cincuenta y cinco americanos y ciento diez naturales del país desembarcaron del **Vesta** en un punto cercano a San Juan del Sur. La marcha tierra adentro fue entorpecida por los fuertes aguaceros y muy pronto estaba claro que no se podría llegar a Rivas antes de rayar el día. Además, se sumó otra adversidad que contrariaba la operación: El general Ponciano Corral, jefe de los conservadores o legitimistas, ya tenía noticia de la expedición de Walker, y había mandado una fuerza a Rivas. Se dijo que Corral fue avisado por el general Trinidad Muñoz, jefe de los liberales o democráticos. Esto era confirmado por tal nú-

mero de circunstancias que no es de extrañar que los americanos lo llegaran a tener como hecho probado.

Un pequeño contingente legitimista de veinte jinetes fue sorprendido en Tola, pueblo próximo a Rivas. Varios de ellos fueron heridos y capturados, los otros huyeron a Rivas. Después de la escaramuza, el cirujano americano recibió orden de atender a los prisioneros heridos, con gran disgusto de algunos oficiales del país que se empeñaban en fusilarlos.

A la mañana siguiente, Walker atacó Rivas, entrando por el camino de Granada. El combate se inició a las doce del día, y eran cerca de las cuatro de la tarde cuando se dio la orden de retirada. Las tropas nativas abandonaron a los americanos en el transcurso del combate, quedando únicamente dos de ellos en la pelea. De acuerdo a los informes más verídicos murieron setenta legitimistas, por lo menos, y otros tantos quedaron heridos. La Falange Americana tuvo seis muertos y doce heridos, de los cuales seis que quedaron en el poblado fueron bárbaramente asesinados. Pero las bajas de los americanos no debían estimarse por el número. Las muertes de Kewen y de Crocker, que recientemente habían sido nombrados teniente coronel y mayor respectivamente, eran una pérdida casi irreparable.

Utilizando como guía a uno de los naturales que habían permanecido con los americanos, se realizó una lenta marcha de retirada, muy penosa para los heridos, y que terminó poco después del atardecer del 30 de Junio, al entrar en San Juan del Sur. Inmediatamente fue detenida una goleta costarricense, la *San José*, recién anclada en el puerto.

Varios vecinos de San Juan del Sur hicieron cuanto pudieron por los soldados heridos y desvalidos, y hasta en aquellos infortunados momentos un irlandés y un tejano tuvieron la auda-

cia de ligar sus destinos al de la Falange.

Como Walker ignoraba el paradero del *Vesta* resolvió utilizar a la *San José* para trasladarse a El Realejo. Pero mientras se esperaba el reflujó de la marea para zarpar, se vio de pronto llamas en el pueblo. Se mandó a averiguar lo de aquel incendio y se conoció que dos individuos de nombre Dewey y Sam, eran los autores. A Walker le convenía mucho castigar aquel crimen, y después de juzgar a Sam, que había confesado su culpa, se ordenó su fusilamiento. No obstante, Sam logró fugarse. En la travesía hacia El Realejo hubo necesidad de matar a Dewey cuando oponía resistencia. Así, este castigo hizo formar entre los nicaragüenses una opinión respetuosa de la justicia americana.

Walker encontró al *Vesta*, y a pesar de los ruegos y ofrecimientos de Castellón, el jefe del gobierno liberal, determinó quedarse algunos días en el bergantín, con el doble propósito de que los americanos pudiesen reponerse de sus fatigas y heridas, y para hacer que los democráticos manifestaran claramente la necesidad que tenían de La Falange. Diez días después viajaron hacia Chinandega, en donde encontraron a Byron Cole, acompañado de Bruno Von Natzmer. En el curso de los acontecimientos que posteriormente ocurrieron, ambos fueron valiosos auxiliares de La Falange.

Posteriormente, Walker viajó a León, aunque dejando en Chinandega a los heridos. Al llegar, el mandatario liberal le expresó el deseo de que se entrevistase con el general Trinidad Muñoz, rogándole olvidar los agravios del comandante en jefe democrático. La entrevista se realizó, y en ella conversaron sobre las posibilidades de un avance de los legitimistas, sin alusiones a lo pasado.

Sólo al cabo de algunos días expuso Walker al jefe del gobierno provisional el verdadero objeto de su visita, solicitándole una fuerza de dos-

cientos nativos para realizar otro intento en el departamento Meridional. Castellón respondió proponiendo una reunión con la asistencia de Muñoz, Jerez y otros. Tal reunión se efectuó, pero sin mayores resultados. El general Muñoz propuso dividir en grupos de diez a los americanos de La Falange, y distribuirlos entre los diversos cuerpos de tropas. La actitud de Castellón hizo ver a Walker que habían pocas esperanzas de conseguir auxilio para otra expedición a Rivas.

Walker resolvió volver a Chinandega, a pesar de que tal acción disgustaba a Castellón, y después de frustrar una intentona de Muñoz para amedrentar y desarmar a los americanos. Byron Cole permaneció en León con la intención de negociar nuevas condiciones para el contrato, obteniéndolas muy fácilmente. Así, Walker fue autorizado a enrolar trescientos hombres, con una paga de cien dólares al mes y quinientos acres de tierra al final de la campaña. También otorgaba a Walker la facultad de arreglar los negocios entre el gobierno nicaragüense y la Compañía Accesoría del Tránsito. (1)

Tan pronto como Walker recibió los documentos resolvió volver al departamento Meridional, con o sin el auxilio del gobierno provisional de los democráticos. Solamente esperaba el momento más oportuno para realizar sus planes.

### **III. La Falange retorna al Departamento Meridional y recibe refuerzos**

El general Trinidad Muñoz, jefe de las fuerzas liberales, se puso al mando de los seiscientos hombres mejor armados y organizados de su partido. Muñoz se proponía combatir contra el general hondureño Santos Guardiola, que estaba al servicio de los legitimistas. Guardiola se encontraba en las cercanías de Matagalpa y Segovia, causando espanto a los habitantes del departamento Occidental. El mismo Castellón,

jefe del gobierno provisional de los liberales, temía que Guardiola atacara León, y precisamente de ahí provenía su disgusto de saber a La Falange lejos de la capital.

Mientras tanto, Walker se ocupaba de adquirir las pocas armas y municiones que había en el país, además de buscar a un oficial nacido en Nicaragua, pero dispuesto a tomar parte en la nueva expedición contra el departamento Meridional, aún sin el consentimiento del gobierno democrático. Don José María Valle, familiarmente conocido como "Chelón" resultó ser este oficial.

A mediados de agosto, Walker resolvió moverse con su Falange hacia El Realejo, lo que causó gran desesperación a los chinandeganos por el temor que sentían al mencionado general Guardiola. El general Valle acompañó a Walker con ciento setenta hombres, aproximadamente, aunque muchos de ellos murieron del cólera, en tanto que otros desertaron antes de que el *Vesta* estuviera listo para zarpar. En aquella ocasión, el cólera solamente atacó a las gentes del país, y a pesar de que los americanos llegaron a convivir en el mismo barco con aquellas personas, no enfermó ninguno.

Momentos antes de que el *Vesta* zarpara, llegó la noticia de que los democráticos o liberales habían derrotado a Guardiola en El Sauce, aunque sufriendo la baja del general Muñoz, comandante en jefe de los democráticos.

La expedición se hizo a la vela el 23 de agosto, y la travesía concluyó seis días después, llegando a San Juan del Sur que se ocupó sin resistencia alguna. De acuerdo a informes recibidos, el enemigo tenía en Rivas quinientos o seiscientos hombres, bajo el mando del recién derrotado Guardiola, dispuesto a reivindicarse echando a los "*filibusteros*" al mar, según decía por entonces.

El 2 de septiembre, la fuerza se preparó para salir de San Juan del Sur y después de la medianoche inició la marcha hacia La Virgen, poblado al que llegó a eso de las nueve de la mañana. Recién se había desayunado, cuando en dirección del piquete situado sobre el camino del Tránsito se oyeron disparos. El general Guardio-la había salido de Rivas la misma tarde del día 2 con unos seiscientos hombres, y con la intención de atacar a los americanos en San Juan del Sur. Supo que Walker y sus fuerzas acababan de pasar rumbo a La Virgen, y siguió en pos de ellos, desencadenando una batalla que al final le resultó desfavorable, pues dejó más de sesenta muertos en el campo y llevó más de cien heridos. En cambio, las bajas de La Falange fueron insignificantes, únicamente resultaron cuatro heridos incluyendo al propio Walker, momentáneamente derribado por una bala que lo hirió en la garganta. Las otras fuerzas democráticas sufrieron dos muertos y tres heridos. Los heridos legitimistas que fueron hechos prisioneros fueron atendidos cuidadosamente, lo cual sorprendió a los pobladores de La Virgen.

Se comunicó al jefe del gobierno provisional la victoria obtenida, a la vez que se le solicitaba el envío de gente y víveres, para emprender operaciones ofensivas. Sin embargo, una hora después de que dicho mensaje se recibiera en León, don Francisco Castellón, el mandatario liberal, expiró víctima del cólera, y la noticia fue recibida por el nuevo gobernante liberal, don Nazario Escoto, quien dio muy expresivas gracias a la fuerza expedicionaria, pero se excusó de complacer sus pedidos, a causa de la epidemia de cólera, según dijo.

Entretanto, la pequeña fuerza de San Juan del Sur se iba fortaleciendo con hombres del departamento Meridional, de los cuales, pese a las tradiciones imperantes en Nicaragua, Walker sólo aceptaba voluntarios. Además, se impuso una contribución de guerra a los principales comerciantes de San Juan del Sur.

En Rivas, el general Ponciano Corral, máximo jefe militar de los legitimistas, había asumido el mando de las tropas, que ya se habían repuesto de sus derrotas. Corral emprendió la marcha hacia San Juan del Sur y Walker resolvió ir a su encuentro para obligarlo a librar la batalla por sorpresa, no obstante, llegó hasta La Virgen sin dar con Corral y sus tropas. La visita al pequeño pueblo resultó muy útil, pues allí se enteró de que Corral se había devuelto a Rivas, temiendo que la salida de los democráticos tuviera el propósito de atacar Rivas en su ausencia. Por otra parte, la visita a La Virgen permitió interceptar ciertas cartas dirigidas a Corral, revelando la penuria del gobierno de Granada y de la ciudad. Después de conocerlas, Walker remitió las cartas a sus adversarios, acompañándolas por otra misiva en la que insinuaba la necesidad de la paz que tenían ambos partidos. La respuesta no tardó en recibirse, acusando recibo de los despachos e indagando, mediante claves masónicas, la disposición de Walker a comunicarse confidencialmente. Todo esto demostró que al general Corral no le faltaban deseos de hacer la paz.

El 3 de octubre llegó a San Juan del Sur un vapor procedente de San Francisco. Venía en él Charles Gilman, que había acompañado a Walker en la Baja California, con unos treinta y cinco hombres, cada cual con su rifle y todos bien provistos de municiones. Con ellos La Falange llegó a contar con cien hombres y fue organizada en tres compañías, dándosele el nombre de batallón. Aquel día 3 de octubre, también la tropa del Chelón Valle recibió refuerzos desde León, ascendiendo su fuerza a más de doscientos cincuenta hombres. Además de aquel refuerzo numérico, los democráticos fueron reforzados por dos cañones.

Por la mañana del 11 de octubre, Walker y sus tropas salieron rumbo a La Virgen, adonde llegaron después del anochecer.

#### IV. La sorpresiva toma de Granada

El vapor *La Virgen* debía llegar a la bahía del mismo nombre el día 11 por la tarde y al divisarla mandó al coronel Hornsby que, cuando anclase, subiera a bordo y se apoderase de él. Hornsby, como buen oficial de La Falange, cumplió su cometido a pesar de las protestas del representante de la Compañía Accesorio del Tránsito.

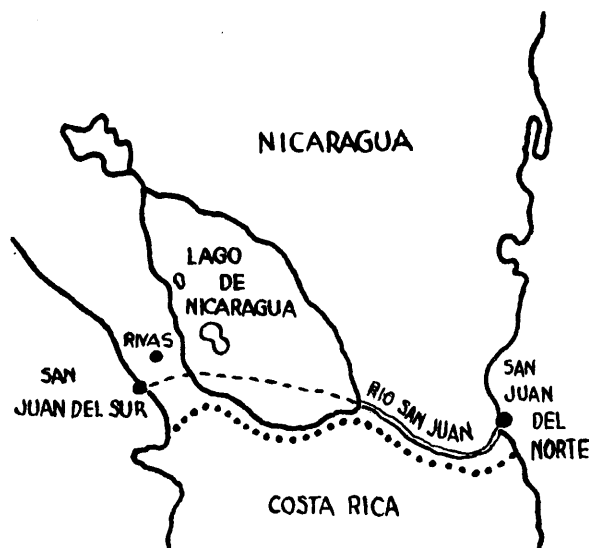
Al día siguiente, se embarcó a toda la tropa y se puso proa a Granada. Eran cerca de las diez de la noche cuando comenzó el desembarco de la fuerza, en una playa situada unas tres millas al norte de la ciudad. Cerca del amanecer, la vanguardia de La Falange llegó a las primeras chozas de los arrabales de la ciudad y al comprender que los legitimistas serían tomados por sorpresa, se lanzaron impetuosamente al ataque. Las defensas de Granada eran insignificantes y el encuentro que sucedió a penas merece el nombre de combate. Dos o tres legitimistas resultaron muertos, y los democráticos tan sólo perdieron a un tamborcito de la gente de Valle.

Una vez tomada la plaza, Walker dio orden a La Falange de quedarse sobre las armas, para proteger las propiedades de los ciudadanos, y con la colaboración del Chelón Valle, los desórdenes y el saqueo fueron contenidos. Fue tomado prisionero don Mateo Mayorga, secretario de Relaciones Exteriores del gobierno legitimista, mientras que otros legitimistas importantes fueron puestos bajo la protección de los rifles americanos.

Al marchar sobre Granada, el objetivo principal de Walker fue ganar la mejor posición que le permitiera favorables negociaciones con el jefe militar de los legitimistas, don Ponciano Corral. Por consiguiente, tan pronto se restableció el orden se dieron pasos para comunicarse con Corral.

Entre tanto, el 17 de octubre llegó a San Juan el

vapor "Uncle Sam" con el coronel Birkett D. Fry, Parker H. French y unos sesenta americanos más, con sus rifles y municiones. A instancias de French, el coronel Fry cometió el disparate de tomar el vapor de *La Virgen* con todo y pasajeros, con el objeto de arrebatar el fuerte San Carlos al enemigo, aunque desistieron de aquel propósito al estar frente a la fortaleza. Luego el vapor *La Virgen* viró de bordo y se vino a Granada. Las circunstancias del momento obligaron a Walker a cerrar los ojos ante aquella imprudencia. Sin embargo, poco después, los pasajeros que utilizaban la Ruta del Tránsito fueron atacados por soldados legitimistas en La Virgen, y después, desde San Carlos, dispararon un cañonazo contra el vapor del lago. En el primer sitio murieron tres pasajeros norteamericanos, en tanto que en el vapor murieron una mujer y su niño, además de que el tiro de cañón pasó llevándole el pie a otra criatura.



La Ruta del Tránsito

Semejante conducta exigía represalias y castigo para impedir que se repitiese, de modo que el día 22, instantes después de haber recibido las noticias de los asesinatos cometidos, Walker mandó a fusilar a don Mateo Mayorga en la plaza mayor, dado que al formar parte del gobierno legitimista era moralmente responsable de las barbaridades de sus militares.

Para entonces, el general Ponciano Corral, jefe de las fuerzas legitimistas se encontraba en Masaya, en donde fue notificado de la ejecución de Mayorga y se le comunicó que todas las familias legitimistas de la ciudad se tendrían como rehenes que responderían por la conducta del gobierno legitimista para con las mujeres y los niños americanos, y los no combatientes en general. El día 23 llegó a Granada el general Corral con poderes omnímodos para tratar con Walker, firmando un tratado de paz que contemplaba la creación de un nuevo gobierno provisional, con don Patricio Rivas, un moderado, a la cabeza del poder ejecutivo. El mando del ejército correspondía a Walker y se estipulaba que todos los oficiales de uno y otro bando conservarían sus grados y sueldos. Los legitimistas seguirían al mando en Rivas y en Managua.

Don Patricio Rivas se presentó el día 30 de octubre y tomó posesión inmediatamente. Como Rivas era un moderado inclinado por temperamento a ponerse de parte de los granadinos contra los leoneses, Ponciano Corral llegó a declarar: **"les hemos ganado (a los democráticos) con su propio gallo"**. El 31 llegó Máximo Jerez con un grupo de prohombres leoneses y con ellos, la ratificación del tratado por don Nazario Escoto y su gabinete del gobierno provisional de los democráticos. El nuevo gobierno de Nicaragua organizó su gabinete con el nombramiento de Jerez para Relaciones Exteriores; de Ponciano Corral para la Guerra; de don Fermín Ferrer para el Crédito Público y de Parker A. French, que había ambicionado figurar en el gabinete, para el Ministerio de Hacienda.

El ejército fue licenciado y La Falange vino a ser la principal defensa del gobierno. Las autoridades legítimas reconocieron como contrato hecho por la República el que Castellón celebró con los americanos, a quienes tanto democráticos como legitimistas manifestaban gratitud por los servicios prestados. Pero la alegría general fue turbada el 5 de noviembre cuando unas cartas de Co-

rral para el general Guardiola, quien recientemente se había hecho fuerte en su país, llegaron a manos de Walker. Las cartas incitaban a luchar contra los americanos.

El general Ponciano Corral fue acusado de traición y conspiración y juzgado por un consejo de guerra compuesto por americanos, lo cual parecía preferir Corral quien prácticamente no negó los cargos, limitándose a pedir misericordia. Fue encontrado culpable y condenado a morir pasado por las armas, más el consejo lo recomendó a la clemencia de Walker como comandante en jefe. Walker consideró que la misericordia en semejante caso era una injusticia y la sentencia se cumplió al siguiente día.

El 10 de noviembre, Mr. John Hill Wheeler, embajador de los Estados Unidos en Nicaragua, reconoció al gobierno de Rivas. El desarrollo posterior de los acontecimientos bien pudo ser diferente si el gobierno federal de Washington hubiese aprobado con firmeza la conducta de su representante. (2)

## V. La Compañía Accesorio del Tránsito y la americanización de Nicaragua

Don Patricio Rivas inició su presidencia tratando de remediar las discordias que habían dividido al país y con ese propósito eligió para los cargos públicos a personas de ambos bandos. Las autoridades eclesiásticas colaboraban con el poder civil en aquella tarea, pero Rivas esperaba lograr sus buenos propósitos apoyándose en el aumento del elemento americano en el gobierno de la República, por lo que uno de sus primeros decretos fue el de Colonización. Este decreto se publicó el 23 de noviembre de 1855 y por él se concedían tierras para todo adulto que inmigrara al país, con la esperanza de introducir colonos americanos. Además, se autorizó al comandante en jefe aumentar el elemento americano en el ejército.



Entretanto, Walker ya había dado pasos para llevar más americanos a Nicaragua. A raíz de firmarse el tratado de paz, escribió a A.P. Crittenden, un amigo íntimo residente en San Francisco, diciéndole que cualesquiera arreglos que hiciese para poner quinientos hombres en el país, serían plenamente aprobados. Como Walker recientemente había recibido un préstamo de veinte mil dólares de un agente de la Compañía Accesorio del Tránsito de San Francisco llamado Garrinson, suponía que él mismo podía colaborar en gran escala a introducir americanos a Nicaragua. Walker conocía que al interior de la Compañía habían rivales que luchaban por controlarla. El préstamo otorgado indicaba un plan de parte de Garrinson y de su aliado Morgan, el agente de la compañía en Nueva York. (3)

A principios de noviembre, el presidente de la Compañía fue notificado para que arreglara asuntos presentes con el gobierno de Nicaragua, a lo que respondió con una evasiva. El 17 de diciembre llegó a San Juan del Sur Edmund Randolph, acompañado por el hijo de Garrinson y pronto se presentaron al cuartel general en Granada.

Debe señalarse aquí, que la amistad que había entre Randolph, Crittenden y Walker era de carácter tal que no puede expresarse con palabras. De ella provenía la perfecta confianza recíproca que caracteriza los actos de estos tres hombres en lo que se relaciona con el Tránsito. A las más nobles cualidades del corazón, Randolph y Crittenden, ambos abogados de gran talento, añadían las más altas dotes intelectuales.

Después de llegar a Granada, Randolph informó a Walker que él y Crittenden habían estudiado cuidadosamente la concesión de la Compañía Accesorio del Tránsito, habiéndose formado la opinión clara y terminante de que había sido infringida. Al propio tiempo fue enterado de que Crittenden había convenido con Garrinson

en obtener del gobierno de Nicaragua una nueva concesión. En virtud de este convenio llegaron más de cien americanos con Randolph para el servicio de la República, y se prometió que de California se traerían a cuantos fuera posible. Hasta entonces, todos los americanos en Nicaragua habían llegado desde California, y en gran parte a expensas de Garrinson.

Los más impacientes por llevar adelante esta política y los más ansiosos de saber, a cada llegada del vapor, cuántos pasajeros venían en él, eran el presidente Rivas y su gabinete. De la llegada de algunos centenares de americanos dependía, según ellos, el mantenimiento del orden interno, y el que no fuese invadido el país por fuerzas extranjeras. El convenio de Crittenden con Garrinson era el único medio de llevar adelante la política vital del gobierno de Rivas.

Randolph y Walker redactaron un decreto de revocatoria contra la Compañía. Dado que la concesión tenía por objeto facilitar la construcción de un canal, la desaparición de la compañía canalera implicaba la de la compañía del tránsito. En el decreto se hizo constar que la Compañía había faltado a sus compromisos al declarar impracticable la obra del canal, al no construir, en su defecto, un ferrocarril o una carretera y un tranvía. Se había comprometido a pagar a la República diez mil dólares anuales y el diez por ciento de las ganancias netas pero no pagó estas sumas, so pretexto de no haber tenido ganancias. También se mandó a embargar todas las propiedades de la Compañía.

Como la gente del país sentía cierta antipatía hacia la Compañía Accesorio del Tránsito debido al tono arrogante que había usado siempre con las autoridades de la República, el presidente Rivas firmó el decreto sin disimular el placer que le causaba. Una vez concedida la revocatoria, se presentó a Rivas una nueva concesión a Randolph y sus socios pero se obtuvo con mucha dificultad que Rivas pusiese su firma. Se dijo que la conce-

sión era "*una venta del país*" y que pondría al gobierno enteramente en manos del elemento americano. Para los americanos dominar el tránsito significaba dominar Nicaragua, ya que es el lago y no el río, como muchos creen, la llave para ocupar todo el país.

Bajo la influencia de las medidas dictadas por el gobierno de Rivas, el número de americanos creció rápidamente a partir del 1o. de noviembre de 1855. Aunque posteriormente apareció en Granada el cólera, afectando también a los norteamericanos, para el 1o. de marzo de 1856 había más de mil doscientos americanos en la República, entre soldados y ciudadanos aptos para tomar las armas.

En materia de Relaciones Exteriores, el ministro del ramo era don Máximo Jerez, un connotado liberal. Había comunicado a los gobiernos centroamericanos el texto del tratado del 23 de octubre con expresiones de amistad. Sin embargo, solamente San Salvador respondió favorablemente, lo que evidenciaba que las cláusulas del tratado que aseguraban y estimulaban la presencia de los americanos no eran del gusto de las repúblicas vecinas. Particularmente en Costa Rica, los periódicos comentaban con virulencia los sucesos de Granada, además de que muchos legitimistas amenazaban desde el Guanacaste la tranquilidad del departamento Meridional.

Debido a ello se juzgó prudente enviar una comisión a Costa Rica, la que partió el 4 de febrero, pero no llegó a ser recibida por el presidente don Juan Rafael Mora que optó por declarar oficialmente la guerra a los "filibusteros" como él calificaba a los americanos de Nicaragua.

Por otra parte, se había considerado conveniente apartar a Parker H. French de su ministerio, y se envió a Washington como nuevo representante de Nicaragua, pero Mr. Marcy, el Secretario de Estado americano, que ya se había mostrado contrario a la política de introducir el

elemento americano en Nicaragua, negó su reconocimiento a French. Este desconocimiento del Secretario de Estado alentó a los enemigos de los americanos en Nicaragua. (4)

Por otro lado, a Inglaterra no le conviene que hayan gobiernos fuertes en Centro América, porque si tales gobiernos existieran, sus mercaderes tendrían que renunciar a las ganancias del contrabando. Su mayor aspiración es mantener el status quo, ya que difícilmente podría mejorar su posición. Por eso actuó con decisión frente al gobierno de Rivas, instando a Costa Rica, de hecho y de palabra, para que le hiciese la guerra.

En la declaración de guerra del 1o. de marzo de 1856, el presidente Mora tuvo el cuidado de indicar claramente su propósito. No declaró la guerra a la República de Nicaragua, sino a ciertas personas que estaban a su servicio. La forma en que declaró la guerra era contraria a las restricciones del derecho internacional, y el modo en que la hizo fue contrario a las normas de las naciones cristianas ya que ordenó el fusilamiento de todos los prisioneros tomados con las armas en las manos.

## VI. La malograda ofensiva costarricense

Durante los primeros cuatro meses del gobierno provisional de Rivas, la mayor parte de los americanos estuvieron de guarnición en Granada, pero las fiebres y el cólera, que azotaban dicha ciudad, así como la necesidad de tener fuerzas militares en otros puntos, exigió el envío de pequeños destacamentos a distintos lugares de la República.

Cuando el coronel Schlessinger que había sido el comisionado enviado a Costa Rica presentó su informe, le fue dado el mando de unos doscientos cincuenta hombres y se le ordenó penetrar al departamento de Guanacaste. Walker se proponía asestar el primer golpe en territorio enemigo y ganar un puesto avanzado al sur del

Tránsito. Sin embargo, Schlessinger demostró ser un comandante muy deficiente que se dejó sorprender por el enemigo en la casa de una hacienda y no pudo impedir la desbandada y dispersión de su fuerza.

Walker había concentrado las fuerzas americanas y al conocer el desastre del Guanacasté se trasladó a Rivas, en tanto que el gobierno provisional se trasladó a León y emitió un decreto imponiendo estado de sitio en los departamentos Oriental y Meridional.

El 1o. de abril llegó a San Juan del Sur un vapor procedente de San Francisco, en el que venía Garrinson, el agente de la Compañía del Tránsito. Este informó a Walker que debido a los recientes movimientos al interior de la Compañía, no vendría otro vapor sino hasta dentro de seis semanas por lo menos. En estas circunstancias, y dado que Walker desconocía que Mora tenía grandes fuerzas en la frontera, no parecían haber razones para quedarse en Rivas. Además, en aquel momento el gobierno de León temía que Guatemala y San Salvador se decidiesen a tomar parte en la guerra.

Las tropas costarricenses entraron en La Virgen el 7 de abril, dando muerte a nueve ciudadanos norteamericanos trabajadores de la Compañía del Tránsito y enteramente desarmados. En San Juan del Sur y en Rivas entraron con un poco más de orden.

La fuerza americana estaba en Granada cuando Walker recibió el informe de lo ocurrido en el Tránsito. Por la mañana del día 9, quinientos cincuenta hombres salieron para Rivas; marcharon de prisa e irrumpieron en aquel poblado por sorpresa. Mora se vio en grandes apuros, al grado que llegó a concentrar toda la fuerza que tenía en el departamento para repeler a los americanos. Es difícil determinar las bajas del enemigo porque los centroamericanos nunca los declaran con exactitud ni a sus mismos jefes, pero es pro-

bable que cerca de seiscientos costarricenses que daran fuera de combate: doscientos muertos y cuatrocientos heridos. La pérdida total de los americanos puede calcularse en 120 hombres; 58 muertos y 62 heridos.

Al regresar los americanos a Granada, la fiebre, un enemigo más cruel y maligno que los costarricenses, empezó a hacer estragos en sus debilitadas filas. Pero el 21 de abril arribó el vapor a Granada con unos doscientos hombres, lo que reanimó a los veteranos.

Entretanto, la fuerza de Costa Rica se consumía rápidamente, minada por el cólera y la desertión. Los mortales efectos del cólera eran aumentados por el abatimiento general que reinaba entre oficiales y tropa al ver los resultados del primer conflicto con el enemigo que habían venido a expulsar de Centro América. Además, en Costa Rica comenzaron a correr vagos rumores de golpe contra el gobierno de los Mora, por lo cual el presidente Juan Rafael Mora se apresuró a regresar a San José, dejando al general José María Cañas al frente del ejército con orden de volver a Costa Rica.

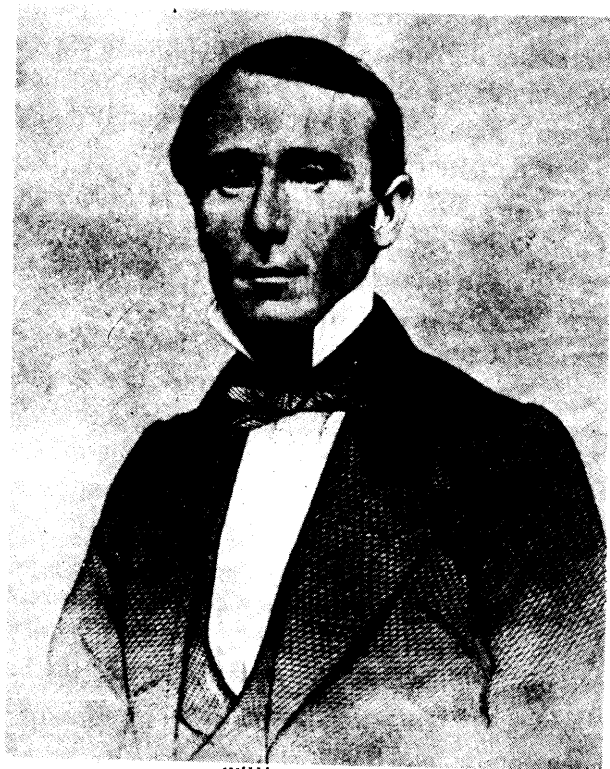
Cuando Walker supo que los costarricenses se preparaban a abandonar Rivas, se embarcó hacia La Virgen, en donde recibió una carta del general Cañas, en la que invocaba las leyes de la humanidad para los enfermos que dejaba. Así terminaba el primer acto de la guerra. De la bizarra hueste que había salido a exterminar a los filibusteros, no pasaron de quinientos los que, llevando el cólera, volvieron a su país.

Por otra parte, una columna de 250 costarricenses que fue enviada al Río Sarapiquí para cortar las comunicaciones de Walker por el Río San Juan, fue rechazada, retirándose en desorden con muchas bajas.

Durante dos o tres semanas después de la retirada de las fuerzas de Costa Rica, el grueso de la

tropa americana estuvo en La Virgen, desde donde se enviaban destacamentos a distintos puntos del departamento con el propósito de volver a inspirar confianza en la solidez del gobierno de don Patricio Rivas. Gracias a estos movimientos fueron interceptadas unas cartas procedentes de León, dirigidas a don Juan Rafael Mora, el presidente de Costa Rica. Walker se sorprendió al conocer que estaban firmadas por el presidente Rivas. Una de estas cartas era una comunicación oficial que manifestaba el deseo de buscar la paz. Tal hecho, realizado sin consultar a Walker, comandante en jefe del ejército de Nicaragua, era sospechoso.

Por lo tanto, resultaba muy importante para los americanos averiguar cómo andaban las cosas en León, y Walker resolvió trasladarse al departamento Occidental. Los sucesos y consecuencias de aquella visita constituyen una nueva fase de la guerra de Nicaragua.



William Walker

## VII. El Presidente William Walker.

Walker llegó a León el 4 de junio y fue recibido

con grandes muestras de júbilo popular. Pero aún en medio de la alegría general se alcanzaba a percibir a don Máximo Jerez inquieto y nervioso, con el semblante nublado. Por otra parte, el presidente Rivas ya no parecía tan despreocupado como antes en presencia del comandante en jefe.

Por aquellos días, San Salvador había tomado una actitud amenazadora, además de que corrían rumores afirmando que el presidente de Guatemala, Rafael Carrera, venía en camino con sus tropas. Poco después de haber llegado a la ciudad el comandante en jefe, el presidente Rivas le mencionó que el gabinete salvadoreño había propuesto reducir a doscientos hombres la fuerza americana al servicio de Nicaragua, como condición para mejorar las relaciones entre los Estados. La respuesta dada por Walker hizo ver al presidente que el comandante en jefe no colaboraría en la política sugerida por San Salvador.

Aunque en abril se había convocado a elecciones para elegir presidente, senadores y diputados, dado lo revuelto de la situación pública, ningún partido las consideró válidas. Ahora que la tranquilidad estaba restablecida en todo el país, convenía decretar nuevas elecciones. Los granadinos, temerosos de que el gobierno se fijara permanentemente en León, hablaban de Walker como de la persona llamada a ocupar la presidencia mientras la República estuviese amenazada por los Estados limítrofes. No se podía tener confianza en que Patricio Rivas enfrentara la coalición que se preparaba contra Nicaragua, y por ello, Walker instó al Presidente para que hiciese una nueva convocatoria.

La noticia de que el gobierno de los Estados Unidos había recibido al padre Agustín Vigil en calidad de representante diplomático del gobierno Nicaragüense fortaleció la posición de Walker quien había propuesto el nombramiento. Además, la llegada de otros ciento ochenta america-

nos terminó por inclinar la balanza a favor de la convocatoria, realizada mediante un decreto fechado el 10 de junio.

El día 11 por la mañana, Walker salio de León, dejando en la ciudad algunos rifles con el coronel Natzmer. En la mañana del 12, el gobernador militar del departamento solicitó un piquete de americanos para resguardar el edificio donde se almacenaban las armas y municiones. Al momento de colocarse los centinelas, el presidente y sus ministros abandonaron precipitadamente la casa de gobierno, situada en las cercanías, mientras un individuo recorría las calles proclamando que los americanos estaban a punto de hacer preso al presidente Rivas y de asesinar a los notables de la ciudad. Poco después, Rivas y su ministro Jerez huyeron a Chinandega, desde donde invitaron a las fuerzas guatemaltecas del conservador Carrera a que penetrasen al Estado y ocupasen León.

Walker resolvió que el conflicto no estallaría por este motivo, y concentró sus fuerzas en Granada. Unos pocos hijos del país acompañarían fielmente a los americanos, lo mismo en la buena que en la mala fortuna. El comandante en jefe publicó un decreto para reorganizar el gobierno provisional en virtud del tratado del 23 de octubre. Dicho tratado, garantizaba a los nicaragüenses naturalizados los mismos derechos que a los naturales del país y Walker había jurado no sólo cumplir el tratado, sino también hacerlo cumplir. Así, don Fermín Ferrer, que había formado parte del gabinete de Rivas, fue nombrado presidente provisional, mientras el pueblo elegía a su gobernante en virtud del decreto del 10 de junio.

La elección del presidente se realizó el cuarto domingo del mes y en los dos días siguientes. La votación fue general en los departamentos Oriental y Meridional, pero como los guatemaltecos ya estaban con Rivas en Chinandega, no se votó en el Occidente. La gran mayoría de los votos

emitidos resultó a favor de Walker, comandante en jefe, quién tomó posesión de su cargo el 12 de julio. Para su gabinete nombró a Ferrer como Ministro de Relaciones Exteriores, a don Mateo Pineda como Ministro de la Guerra y a don Manuel Carrascosa como Ministro de Hacienda y Crédito Público. El 19 de julio, Mr. John Hill Wheeler, el embajador norteamericano, entabló relaciones con el gobierno de Walker, de tal forma que se mostró más resuelto que el mismo Mr. Franklin Pierce, presidente de los Estados Unidos. (5)

Mientras tanto, la goleta *San José* fue descomisada por el gobierno de Walker, quien la convirtió en una goleta de guerra. *La Granada*, como pasó a llamarse, fue armada con dos carronadas de a seis y se la puso bajo el mando del teniente Fayssoux. Por otra parte, el 29 de junio llegaron a Granada ciento cuatro hombres para el servicio del Estado y el 6 de julio desembarcaron casi otros tantos, procedentes de Nueva York, Nueva Orleans y Carolina. Pero en agosto desertó un tal Turley, con toda su compañía, obteniendo muy malos resultados pues fueron apresados y asesinados por la población, a la que trataron con rapacidad y violencia.

Los desertores, en realidad, no eran numerosos, pero había otro factor que no ayudaba a fortalecer la tropa. Muchos de los que llegaban a Nicaragua a expensas del Estado resultaban impropios para el servicio militar. Como no era posible hacerles pasar un examen médico previo, sus defectos se conocían hasta que ya estaban en Granada.

Al enemigo tampoco le faltaban motivos de debilidad y disensión. Algunos de los defectos de su ejército provenían de su calidad de aliados. El contingente guatemalteco estaba compuesto de indios, y el odio entre éstos y los leoneses era feroz, al grado que debieron ordenar a los guatemaltecos permanecer en los cuarteles para evitar las frecuentes riñas a cuchilladas.

Los salvadoreños eran tolerados por los leoneses, pero las autoridades no pudieron hacer que los viesen como a libertadores. Además, al poco tiempo de su llegada, las tropas fueron atacadas por la fiebre y el cólera, muriendo muchos, especialmente guatemaltecos. A todo esto deben añadirse las disensiones entre los jefes, que no abrigaban sentimientos más amistosos que los de sus subalternos. El gobierno de Rivas, desconfiando de los guatemaltecos, entregó el mando de las fuerzas aliadas al general Ramón Belloso, pero el general Paredes, jefe del contingente de Guatemala no estaba dispuesto a obedecerle.

En tanto que don José Dolores Estrada, el senador legitimista que había sucedido al presidente Fruto Chamorro, había establecido su gobierno en Somoto Grande, Segovia, y desde allí daba órdenes al pueblo nicaragüense, atravesándose en el camino de su propio partido y obstaculizando la unidad de las fracciones contra los americanos. Pero como problema desapareció rápidamente, pues Estrada fue asesinado por unos demócratas de León, según parece, gracias a la oportunidad de la acción de un legitimista. Por consiguiente, las escasas fuerzas militares legitimistas, ahora bajo el mando del general Tomás Martínez, debían operar a la orden del gobierno provisional de León.

No era fácil extinguir los odios y animosidades entre las tropas legitimistas y democráticas. En el curso de la guerra, los aliados se vieron obligados a mantener a los soldados de las dos fracciones tan separados como fuera posible.

La necesidad de terminar los arreglos relativos al Tránsito, así como la estación lluviosa, fueron las causantes de que Walker no se moviera contra los aliados. León estaba bien atrincherado, y a los americanos no les sobraba gente para prodigarla en un asalto. Además, también carecían de artillería. Habría sido locura avanzar sobre León sin asegurar el Tránsito y la comunicación con Estados Unidos.

## VIII. En defensa del esclavismo

La política del gobierno de Walker, en lo que se refiere a la introducción de la raza blanca en Nicaragua fue la misma que impulsó el de Rivas. Pero este último, aún comprendiendo que era menester reorganizar la sociedad nicaragüense, no sabía cómo hacerlo. La raza blanca debía dominar en la nueva forma de sociedad, y aunque puede ser que la reorganización de Nicaragua se intentara llevar a cabo demasiado pronto, precipitada por los acontecimientos, de cualquier modo, tarde o temprano habría de ocurrir.

Por eso se emitió un decreto relativo al empleo de las dos lenguas, el inglés y el español, para la publicidad de las leyes de la República, y otro decreto que disponía la confiscación de las propiedades de los enemigos del Estado en favor del mismo. El propósito era poner gran parte de las tierras del país en manos de la raza blanca. Además, a fin de reglamentar la mano de obra se emitió un decreto más, declarando legales los contratos de servidumbre por tiempo fijo y otro contra los vagos, que tenía tanto de precaución militar como de economía política. Pero el más significativo de estos decretos fue emitido el 22 de septiembre, y constituyó el mayor paso para la organización del trabajo en el país. Su esencia radicaba en declarar nulos y sin valor todos los decretos de la Asamblea Federal Constituyente, incluyendo el que prohibía la esclavitud. En este decreto estaba la clave de toda la política de Walker, porque del restablecimiento de la esclavitud africana dependería la estabilidad de la raza blanca en el país.

Si las robustas y claras inteligencias que concibieron la constitución de los Estados Unidos no pudieron resistir las opiniones sobre la esclavitud que dominaban en Francia e Inglaterra, ¡cuánto menos capaces eran los pobres seres de las excolonias españolas en América! En vez de mantener la pureza de las razas, como lo hicieron los ingleses en sus colonias, los españoles echaron

sobre sus dominios continentales la maldición de una raza mestiza. Habría sido un milagro que los Estados hispanoamericanos hubiesen resuelto mantener la esclavitud.

Tan solo en los últimos años ha comenzado a apreciarse en los Estados Unidos el carácter benéfico y conservador de la esclavitud de los negros. El conservatismo de la esclavitud penetra hasta las relaciones vitales del capital y del trabajo, y mediante el sólido asiento que da al primero, permite a la intelectualidad social avanzar audazmente persiguiendo nuevas formas de civilización. Con dificultad se concibe cómo puede ponerse el capital a cubierto de las embestidas de la mayoría en una democracia pura, sin el auxilio de una fuerza cuyo poder dimane del trabajo esclavo.

Después de la independencia, los Estados hispanoamericanos aspiraron a establecer repúblicas sin esclavitud, y la historia de cuarenta años de desórdenes y crímenes políticos es fértil en enseñanzas para quien quiera y sepa aprovecharlas. En Nicaragua, regiones enteras cultivadas bajo la dominación española se han convertido en ceriales, y el añil del istmo, un valioso producto de exportación, casi ha desaparecido del comercio.

La introducción de la esclavitud negra suministraría una cantidad de mano de obra constante y segura para el cultivo de los productos tropicales. Teniendo como compañero al negro esclavo, el hombre blanco se arraigaría aquí, y juntos destruirían el poder de la raza mestiza, que es la perdición del país. El indio puro de Nicaragua se parece mucho al negro en lo fiel y dócil, y asimilaría pronto los usos y costumbres de este último.

El decreto que restablecía la esclavitud, al señalar cómo se proponían los americanos regenerar la sociedad nicaragüense, los convertía en campeones de los Estados del Sur de la Unión en el conflicto bien llamado *inevitable* entre el trabajo

libre y el trabajo esclavo.

Los americanos de Nicaragua indicaban a los Estados Sureños el único medio a su disposición para conservar su organización social. Para evitar la invasión que lo atenaza, el sur necesita llevar la guerra entre las dos formas de trabajo más allá de sus límites. De lo contrario tendrá que rendirse como un ejército sitiado, sin aliados externos. El decreto del 22 de septiembre también debía aclarar a los hombres públicos de los Estados Unidos que Nicaragua no deseaba la anexión.

¡Hombres del Sur! vuestro presidente entró a ejercer el cargo comprometido a seguir vuestra política en Kansas y en Centro América. Vuestros caudillos le impusieron la conducta que tuvo que observar respecto a Kansas. Pero entonces se luchaba por un derecho abstracto. El presidente suplicó a los que estaban forzando la mano en la cuestión de Kansas que no le apremiasen en cuanto a Centro América, y el movimiento de Nicaragua fue sacrificado en aras de una sombra. El verdadero campo para ejercer la esclavitud es la América Tropical, en donde puede desarrollarse. Pero el Sur debe dejar de luchar por abstracciones y combatir por realidades. (6) *A*

## IX. Los aliados pasan a la ofensiva

A principios de septiembre de 1856, el ejército de Nicaragua, integrado en su gran mayoría por americanos, fue organizado con dos batallones de rifleros, dos de infantería ligera, uno de batidores y una pequeña compañía de artillería. La fuerza total efectiva apenas llegaba a ochocientos hombres, repartidos entre el departamento Meridional, Granada, Masaya, Tipitapa y Managua. El enemigo tenía su fuerza más grande en León, a las órdenes del general Belloso, jefe del contingente salvadoreño, y por voluntad del gobierno nicaragüense, de las tropas aliadas, aunque era mal visto por los jefes guatemaltecos. Por otra parte, el general Martínez, el más des-

tacado jefe legitimista, estaba reclutando fuerzas en Matagalpa.

Al finalizar el mes de agosto, una pequeña fuerza de legitimistas mató a un oficial del país que se ocupaba de arrear ganado para las tropas americanas. Como este incidente ocurrió cerca de Tipitapa, se ordenó rastrear al enemigo a un contingente de unos cuarenta hombres. Lo encontraron cerca de San Jacinto, una hacienda de ganado desde la cual se hizo un fuego tan nutrido que el oficial al mando de la pequeña fuerza estimó prudente retirarse.

La presencia del enemigo en San Jacinto era un serio inconveniente para el servicio de provisiones, por lo cual, en Granada se ofrecieron numerosos voluntarios para desalojar a los legitimistas. Estos voluntarios eran en su mayor parte americanos que habían sido licenciados del ejército o que habían renunciado a él, siendo en total unos sesenta y cinco o setenta. En Tipitapa ofrecieron el mando de la fuerza al teniente coronel Byron Cole, quien aceptó.

Cole y su tropa llegaron a San Jacinto hacia las cinco de la mañana del domingo 14 de septiembre, encontrándose frente a una casa bien situada para la defensa en una pequeña altura que dominaba todo el terreno de los contornos. Cole dispuso que el ataque debía hacerse por tres puntos distintos y emplear como arma principalmente el revólver. La orden de asalto fue ofrecida simultáneamente y con bizarría de suerte que a unas pocas varas de la casa atacada todos los jefes y casi una tercera parte de la fuerza total fueron barridos por el fuego enemigo, debiendo los demás retirarse.

En este intrépido pero inútil asalto pereció Byron Cole, cuya energía y perseverancia habían contribuido tanto a llevar a los americanos a Nicaragua. (7) Por otra parte, la noticia de la defensa de San Jacinto alentó mucho a los aliados, de tal manera que Belloso, a instancias de

sus oficiales más resueltos, decidió avanzar sobre Granada.

Cuando los aliados llegaban a Managua, con unos mil ochocientos hombres, también arribaron procedentes de Nueva York doscientos hombres para el ejército de Nicaragua, aunque la mayoría de ellos inútiles para el servicio militar. El contingente americano en Managua demoró el avance de los aliados durante varios días, pero se les ordenó replegarse a Masaya. Belloso se detuvo unos pocos días en Managua y continuó avanzando. En Nindirí, poblado próximo a Masaya, se le incorporó el general Martínez y sus fuerzas legitimistas que venían de Chontales y Matagalpa, lo que elevó a dos mil doscientos o dos mil trescientos el número de los aliados. Como Walker no confiaba en la eficiencia del comandante de Masaya, le ordenó retirarse a Granada.

Al comenzar octubre, las tropas de Granada fueron reforzadas con ciento setenta reclutas procedentes de Estados Unidos, dos cañones Howitzer de montaña y cuatrocientos rifles Miné. Además, se concentraron casi todas las fuerzas de la República, sumando unos mil hombres efectivos, comprendiendo como tales a quienes servían en las oficinas del ejército y a quienes servían en las filas.

Se necesitaba asestar un golpe a los aliados, si quiera para hacer ver que los americanos no estaban reducidos a la defensa. El 11 de octubre por la mañana, Walker salió para Masaya con unos ochocientos hombres, comenzando el ataque poco después del amanecer del día 12. Para el anochecer, lo único que separaba a los americanos del enemigo eran unas casas situadas frente a la plaza, mas la tropa ya estaba fatigada.

Poco después de la medianoche llegó la noticia de que el enemigo había atacado Granada y ocupaba gran parte de la ciudad. La fuerza del general Zavala, segundo comandante del contin-



gente guatemalteco, compuesta por no menos de setecientos hombres, atacó Granada suponiéndola indefensa. Pero el general Fry mandaba en ella y la defendió con unos doscientos americanos, reunidos entre tropas de línea, avendados en la ciudad y funcionarios del gobierno. Walker pronto llegó en auxilio de Fry y la ciudad rápidamente quedó libre de aliados. Sin embargo, durante las veinticuatro horas que estuvieron en la ciudad, cometieron el asesinato de tres americanos indefensos, dos de ellos, religiosos, además de asesinar a un pequeño niño inglés. Las bajas de los americanos en los combates del 12 y 13 fueron algo más de ciento veinticinco muertos y ochenta y cinco heridos. El enemigo tuvo más de cien bajas, sin contar a los numerosos heridos.

Algunos días después, los aliados avanzaron un destacamento para ocupar Rivas y, desde Costa Rica, llegó una nueva fuerza que ocupó San Juan del Sur mientras los americanos se mantenían en La Virgen, para posibilitar un desembarco desde Granada. Los americanos necesitaban mantener el Tránsito libre de toda fuerza de los Aliados. El 11 de noviembre por la tarde Walker llegó a La Virgen con doscientos cincuenta rifles, un obús, un mortero y una sección de zapadores y minadores para reforzar las fuerzas de Hornsby, consistentes en unos doscientos cincuenta hombres. Como los americanos conocían el camino del Tránsito, desalojaron rápidamente a los costarricenses, que salieron en desbandada hacia Rivas, abandonando incluso San Juan del Sur.

Walker quiso regresar a Granada y atacar a Belloso en las momentos en que Cañas pedía auxilio desde el departamento Meridional, y se embarcó de inmediato, dejando un destacamento en La Virgen. Cuando la fuerza ya estaba en marcha hacia Masaya, Walker supo que el general Jerez había salido para Rivas con setecientos y ochocientos hombres, por lo cual ordenó a una parte de sus fuerzas regresar a La Virgen, y realizó

el ataque con menos de trescientos hombres. Este fue uno de los combates más difíciles de la campaña en Nicaragua, iniciándose el día 17, y después de tres días de lucha los americanos llegaron a veinticinco o treinta yardas de la plaza enemiga. Pero Walker estaba inquieto respecto al Tránsito y resolvió retirarse a Granada, paso previo al abandono del departamento Oriental.

En aquellos tres días de combates, hubo cerca de cien bajas —la tercera parte de la fuerza que atacó Masaya— y la larga fila de heridos, montados a caballo, retrasó la marcha, pero los Aliados no molestaron la retirada. Probablemente estaban bastante contentos con verse libres del asedio.

#### **X. La destrucción de Granada y el rescate de Henningsen**

La enconada resistencia de los Aliados en Masaya tuvo por base un refuerzo de ochocientos guatemaltecos llegados el mismo día del ataque. Sin embargo, Walker creyó posible evacuar Granada sin el estorbo del enemigo. Resolvió no solamente abandonar la ciudad, sino también destruirla. Para esto se requería pericia y entereza y Walker confió la tarea al general C. F. Henningsen, que había demostrado sobradamente tenerlas.

Walker calculaba estar poco después del 21 ó 22 de noviembre en San Jorge o Rivas, pero el movimiento se demoró por la gran cantidad de cosas que cada cual deseaba salvar y porque tan pronto se supo que la ciudad iba a ser destruida, comenzó el saqueo. Para el 22 sólo se trasladó a mujeres, niños, enfermos y heridos a la isla Ometepe, con una guardia de sesenta hombres.

Mientras tanto, en Granada fue imposible refrenar las pasiones de los oficiales, y éstos a su vez perdieron toda autoridad sobre sus subalternos. El abundante licor y los incendios daban a la ciudad el aspecto de una bacanal desenfrenada,

más que el de campo militar. Belloso no tardó en saber lo que ocurría y en la tarde del día 24 los Aliados atacaron la ciudad.

El mismo 24 de noviembre por la mañana, la goleta **Granada** entró al puerto de San Juan del Sur, después de haber echado a pique al bergantín costarricense **Once de Abril**, una nave mucho más grande y poderosa, apresando al capitán y a parte de la tripulación. Al día siguiente del combate, Fayssoux fue ascendido a capitán, y se le donó la hacienda del Rosario, cercana a Rivas, por los señalados servicios prestados a la República al mando de la **Granada**. El regocijo que ocasionó el triunfo de la goleta no pudo ser interrumpido ni siquiera por la noticia de que Henningsen había sido atacado.

Al amanecer del día 25, Henningsen no tenía más que doscientos veintisiete hombres aptos para empuñar las armas, y una impedimenta de setenta y tres heridos y setenta mujeres, niños y enfermos. Veintisiete hombres quedaron aislados en el muelle y otros veintidós sucumbieron en la iglesia de Guadalupe. El día 26 Walker ancló cerca del muelle, y al ver ondear la estrella de la bandera roja sobre la iglesia parroquial, supuso que Henningsen permanecía en la ciudad más por dar entero cumplimiento a las órdenes recibidas, que por imposición de los Aliados. Sin embargo, mandó a investigar al muelle cómo estaban sus defensas y cuáles sus necesidades. El oficial al mando de la pequeña fuerza del muelle pidió algunos víveres y municiones, manifestando que creía poder sostenerse. Empero, esa misma noche los aliados tomaron la posición.

En cambio Henningsen continuó defendiéndose con gran eficacia hasta que el cólera y el tifo pasaron a ser el enemigo más temible para los americanos, quienes debieron empezar a abrirse paso hacia el lago.

En tanto que las numerosas tropas aliadas, cons-



General Charles F. Henningsen  
Foto: archivo

tantemente reforzadas, atacaban a los americanos en Granada, las fuerzas del departamento Meridional aún no estaban listas para socorrer a sus compañeros sitiados. Hasta el 2 de diciembre llegó a San Juan el vapor **Orizaba** con ochenta hombres. Con estos reclutas, y el grueso de las fuerzas acantonadas en La Virgen, se marchó sobre San Jorge, ocupándolo sin oposición del general Cañas, que estaba en Rivas con setecientos u ochocientos costarricenses.

En San Jorge se concentraron casi todas las tropas americanas del departamento Meridional. Además se estableció en el pueblo el hospital, y también las mujeres y niños que habían estado en la isla de Ometepe. Poco después arribó a San Juan del Norte el vapor de Nueva Orleans, con doscientos treinta y cinco reclutas. El 11

de diciembre se formó un cuerpo de ciento sesenta hombres, para desembarcar en auxilio de Henningsen que aún no llegaba al lago. La fuerza desembarcada realizó un avance tan impetuoso que desalentó a Beloso por la fiereza con que fueron atacadas sus trincheras. Los movimientos de las fuerzas aliadas no tardaron en delatar su debilidad: el muelle fue abandonado y, por supuesto, Henningsen lo ocupó inmediatamente, facilitando el embarque de sus tropas.

De los cuatrocientos diecinueve hombres que tenía Henningsen cuando Granada fue asaltada, ciento veinte murieron del cólera y del tifo, ciento diez fueron muertos o heridos, cerca de cuarenta desertaron y dos cayeron prisioneros. En la tropa del desembarco hubo catorce muertos y treinta heridos. Al salir, el general Henningsen fijó en una lanza un cartel que decía: **“Aquí fue Granada”**, palabras calculadas para atizar las pasiones de partido entre los legitimistas y democráticos.

Temerosas de la artillería que había sido rescatada con Henningsen, las fuerzas aliadas que ocupaban Rivas evacuaron furtivamente la plaza y fueron a reunirse con Beloso en Masaya. Por la mañana del 16 de diciembre los americanos estaban en posesión de Rivas.

## **XI. La pugna por el Río San Juan**

El 23 de diciembre una columna de ciento veinte costarricenses sorprendieron a una columna de americanos estacionada en la desembocadura del Sarapiquí. Su jefe fue capturado, y después de llevado a San Juan del Norte, liberado. Los costarricenses han encomiado su valor, y hacen bien, ya que por haber descuidado criminalmente sus deberes pudieron ellos apoderarse de la Boca del Sarapiquí, asegurando el buen éxito de sus operaciones posteriores.

Otra numerosa fuerza, bajo las órdenes del general José Joaquín Mora, comandante en jefe del

ejército y hermano del presidente Mora, marchó al río de San Carlos. Muy pronto, las fuerzas costarricenses se apoderaron de todos los vapores del río fondeados en Punta Arena y, poco después, del vapor del Lago **La Virgen**, a la sazón anclado en la boca del Río Sábalo. Continuaron en él hasta el puerto San Carlos y con engaños hicieron subir a bordo al comandante del puerto, quien, bajo amenazas de muerte pero olvidando su deber, firmó una orden para que el sargento a cargo lo entregase. El sargento es menos culpable por haber obedecido la orden que su capitán por haberla firmado. Así se adueñaron los costarricenses del Río San Juan, desde el fuerte San Carlos hasta el mar, y también del más pequeño de los dos vapores del Lago.

Pero estas ocupaciones hubiesen resultado relativamente inútiles para ellos y sin perjuicio para Walker si no hubiesen capturado el otro vapor. Pero tal cosa ocurrió cuando el 2 de enero de 1857, el **San Carlos** se acercó sin desconfianza al fuerte del mismo nombre y entró al río sin sospechar nada. El buen éxito de las operaciones de Mora en el río San Juan resultaron de la habilidad y el arrojo de un americano llamado Spencer, que por amor al lucro no tuvo escrúpulos en mancharse las manos con sangre de sus compatriotas.

Por desgracia para la especie humana, Spencer no fue el único americano que colaboró con los costarricenses para despojar a los nicaragüenses naturalizados de los derechos que habían adquirido en Centro América. Nada menos que el presidente de los Estados Unidos, declaró con la más indecente inexactitud que el Tránsito fue cortado en febrero de 1856, por la revocatoria de las concesiones de la Compañía del Canal y Accesorio del Tránsito. Además, es imposible ignorar la oposición del Secretario de Estado al movimiento americano en Nicaragua. Es difícil imaginar que un Secretario de Estado se hiciera cómplice de un plan orientado a expulsar a sus compatriotas del istmo, pero las pa-

siones dominantes del secretario Marcy eran su vanidad y ambición de figurar en puestos públicos y si permitía en silencio que el poderío británico expulsara a los americanos de Nicaragua, podía abrigar la esperanza de que poderosos intereses de Nueva York le ayudasen en sus ambiciones.

Hacia mediados de 1856, Gran Bretaña estacionó en San Juan del Norte una flota de ocho barcos con varios centenares de cañones y el propósito evidente de influir en los resultados de la guerra en Nicaragua. Pero Estados Unidos no envió barcos para vigilar las intenciones de la flota británica. El Secretario de Estado tampoco dio ningún paso para proteger a quienes sí procuraban hacerlo de la intromisión de las fuerzas navales británicas.

Aunque el Río San Juan cayó bajo control de los Aliados, siguieron llegando a Punta Castilla hombres destinados al servicio de Nicaragua. Para el 19 de enero de 1857 habían doscientos cuarenta hombres, procedentes de Texas y de Nueva York, y no les faltaban armas y municiones. Sin embargo, el mando de esta tropa recayó incidentalmente en el coronel S.A. Lockridge quien no poseía las mejores condiciones para la empresa de expulsar a los costarricenses del río. Posteriormente, a inicios de febrero, llegaron a San Juan del Norte el coronel H.T. Titus con unos ciento ochenta hombres. Es probable que la mayor parte de ellos fuesen de mejor estofa que su jefe. Incluso antes de empezar la campaña, los marinos británicos fomentaron descaradamente la desertión de los americanos consiguiendo algunos resultados.

Bajo la dirección de Lockridge y Titus, las acciones destinadas a recuperar el Río San Juan fracasaron. Posteriormente, en diciembre de 1857, (9) el coronel Anderson, a la cabeza de cuarenta y cinco hombres tomó los barcos del río y un vapor del lago a los costarricenses y a no ser por la conducta de las fuerzas navales americanas, ha-

bría podido restablecer el Tránsito por el Istmo. Los enemigos de los nicaragüenses naturalizados cerraron el Tránsito y ellos son los que lo mantienen cerrado.

## **XII. La retirada bajo protección de la bandera de los Estados Unidos**

Después que Henningsen se retiró de Granada de modo tan triunfante, los generales aliados tildaron al general Belloso de incompetente y cobarde. Al momento de ser capturado el vapor **San Carlos** por los costarricenses, la situación de los aliados era incierta, en tanto que los americanos contaban con novecientos diecinueve hombres, aunque de ellos sólo quinientos dieciocho eran combatientes efectivos. Casi todos los americanos estaban concentrados en Rivas.

Walker supo con certeza los acontecimientos del Río San Juan hasta el 24 de enero. Por supuesto que al conocer que el enemigo era dueño del Río y del Lago, el ánimo de la tropa americana decayó mucho. En cambio los Aliados recibieron nuevos alientos y, con el general Cañas a la cabeza, resolvieron avanzar al departamento Meridional. El día 29 ya estaban en San Jorge, donde fueron atacados por los americanos, librándose enconados combates con muchas bajas por ambas partes. El 4 de febrero se repitió el ataque sin lograrlos desalojar del poblado, aunque esta vez no hubo muchas bajas en las filas americanas. Mientras tanto, los costarricenses hacían circular proclamas impresas prometiendo a los desertores garantías y pasaje a los Estados Unidos. La espantosa epidemia de las deserciones comenzó a desmoralizar las tropas en Rivas.

El 6 de febrero, la corbeta de guerra **St. Mary's**, al mando del comandante Charles Henry Davis ancló en San Juan del Sur, y casi dos semanas después Davis visitó Rivas, en donde pasó la tarde y la noche conversando con Walker a quien constantemente le dio el tratamiento de presidente. De Rivas pasó Davis a San Jorge, para ha-

blar con el general de los Aliados. A Walker le pareció que no presentó sus demandas a los Aliados con tanta energía como a los nicaragüenses naturalizados.

Durante el mes de febrero hubo varios encuentros entre los americanos y pequeñas patrullas enemigas, hasta que el 5 de marzo hubo un combate que les resultó favorable, se envalentonaron e intentaron un ataque contra Rivas.

Los ataques entre ambos bandos continuaron durante todo el mes de marzo sin modificar la situación de los contendientes. El 11 de abril, aprovechando la llegada de refuerzos guatemaltecos, los Aliados lanzaron una embestida por varias direcciones, la cual fue rechazada con grandes pérdidas para ellos.

Por desgracia, el 14 de abril Walker recibió cartas que confirmaban la intención de los señores Garrison y Morgan de parar el servicio de vapores entre Estados Unidos y Nicaragua. Tal conducta era motivada por la debilidad y la timidez, y puso en peligro su reputación de hábiles comerciantes.

El 23 de abril llegó un emisario del teniente Huston, oficial de la *St. Mary's*, comunicando que estaba listo para conducir a las mujeres y niños de Rivas a San Juan del Sur bajo protección de la bandera de Estados Unidos, lo que efectivamente se realizó al día siguiente con gran alivio para Walker, quien vio desaparecer así uno de los mayores obstáculos para moverse de Rivas. Sin embargo, las deserciones, que casi habían cesado, comenzaron de nuevo.

El día 30, por la tarde, Davis llegó al cuartel general de los Aliados, desde donde envió una carta a Walker proponiéndole que abandonara Rivas y se fuera a Panamá en la *St. Mary's*. Walker envió dos oficiales a conferenciar con él.

El comandante Davis manifestó que la retirada

del coronel Lockridge a los Estados Unidos, dejando al enemigo dueño del Río San Juan; la intención de la Compañía del Tránsito de no enviar más vapores a San Juan del Sur y; las reducidas provisiones en Rivas, así como las deserciones, hacían insostenible la situación de Walker. Por consiguiente, y para evitar que se continuase inútilmente derramando sangre, entabló negociaciones con los Aliados para la evacuación de la plaza. Además, Davis informó su resolución inquebrantable de tomar posesión de la goleta *Granada* y no dejarla salir del puerto.

Davis propuso a Walker que él y dieciséis oficiales de su elección, con armas, caballos y bagajes, salieran de Rivas para embarcarse en San Juan del Sur; que Rivas y su guarnición se rindieran al capitán Davis; que los oficiales, empleados públicos y ciudadanos serían transportados a Panamá bajo la garantía de la bandera americana. Walker respondió que no firmaría ni convendría en nada si no se daban garantías a las personas y propiedades de los nicaragüenses del país que combatían a su lado.

El convenio fue celebrado exclusivamente entre Walker y Davis, sin mencionar en él a los Aliados sino con la expresión "*el enemigo*". El 1.º de mayo por la noche, pocas horas después de haber salido de Rivas, los oficiales nicaragüenses naturalizados estaban a bordo de la *St. Mary's*. Por la mañana del día 2, el capitán Davis llegó a su barco y propuso a Walker que entregase la goleta *Granada*, evitando hacer uso de la fuerza. La proposición, por supuesto, fue rechazada. Sólo cuando se ordenó apuntar todos los cañones de una banda del barco a la goleta, entregó Walker la rendición.

---

\* El presente texto es un resumen de *La guerra de Nicaragua*, escrita por William Walker. Aunque se trata de un relato sobre hechos en los cuales él participó directamente, en la obra emplea la tercera persona para referirse a sí mismo. El resumen ha conservado dicha peculiaridad de

la narración. El libro consta de doce capítulos, cada uno de los cuales se presenta resumido, pero los subtítulos del resumen no provienen del libro. (**La guerra de Nicaragua**, Walker. W. Trad. Ricardo Fernández Guardia, Educa, 2da. edición, San José, Costa Rica, 1970. Existe otra traducción por Fabio Carnevalini).

#### NOTAS

(1) En 1848, a raíz del descubrimiento de oro en California, grandes cantidades de norteamericanos de la costa atlántica de Estados Unidos comenzaron a moverse hacia el Pacífico. El viaje por tierra era difícil y tardado por lo poco desarrollado del transporte (la línea de ferrocarril con tendido de costa a costa fue realidad hasta 1869). El viaje por mar, rodeando el Cabo de Hornos (el extremo más al sur de Chile y Argentina) era extremadamente largo y, por lo mismo, costoso. Las alternativas más viables para viajar de una a otra costa en menor tiempo utilizaron rutas de tránsito a través de Panamá primero y, poco después, también de Nicaragua. Se viajaba en barco hasta Centro América, se atravesaba dicha región de una costa a la otra y, finalmente, había que embarcarse de nuevo hacia Estados Unidos. Huelga decir que los empresarios a cargo de aquel Tránsito ganaron como si tuviesen una buena mina de oro. El 26 de agosto de 1849, poco después de estallar **La fiebre del oro** en California, la American Atlantic and Pacific Steamship Canal Company, propiedad del comodoro Vanderbilt y asociados, firmó un contrato con el gobierno de Nicaragua para construir un canal interoceánico, o bien, una línea férrea o un camino que comunicase los dos océanos. Dicho contrato también permitió explotar inmediatamente el tránsito. En agosto de 1851, Vanderbilt y sus asociados crearon la Compañía Accesorio del Tránsito, que pasó a ocuparse exclusivamente del transporte de pasajeros a través de Nicaragua, de forma independiente a los vapores marítimos.

(2) Wheeler actuó sin contar con el parecer del gobierno que representaba, movido por la simpatía y adhesión que sentía hacia Walker y su causa.

La falta de apoyo, e incluso oposición, del gobierno de Estados Unidos hacia la empresa de Walker no debe dar lugar a confusiones respecto al proceder y ambiciones de los gobiernos norteamericanos de aquel entonces. El presidente Franklin Pierce coronó su victoria electoral con lemas tales como: "La adquisición de Cuba por compra"; "Que Cuba y las islas Sandwich puedan ser añadidas pronto a la constelación de los Estados Unidos"; "Los frutos de la victoria democrática: Pierce y Cuba". El presidente, W. Marcy, su Secretario de Estado, James Buchanan, nombrado representante de Estados Unidos en Londres y próximo sucesor de Pierce, abrigaban el propósito de hacer de la anexión de Cuba una de las grandes conquistas del nuevo gobierno (véase Guerra, Ramiro; **La expansión territorial de los Estados Unidos. A expensas de España y de los países Latinoamericanos**, 4ta. edición. 1975, Ciencias Sociales, La Habana. Cap. XI). En este sentido eran más auténticamente expansionistas que el propio Walker a quien Scroggs en **Filibusteros y Financieros** (2da. edición 1975, Colección Cultural, Managua), describe con la intención de fundar una república militar independiente de Estados Unidos.

La actitud del presidente Pierce, y después la de Buchanan, hacia Walker, puede rastrearse en tres direcciones: Ciertas precauciones en materia de política diplomática, principalmente respecto a los gobiernos centroamericanos y hacia Inglaterra. (Scroggs señala que la invasión de Nicaragua "... era lo que el gobierno de Pierce quería evitar a todo trance, sobre todo porque ello habría equivalido a agitar un trapo rojo en la cara de Inglaterra". (Op. cit., pág. 173). Además, la creciente contradicción entre el norte industrial y el sur esclavista, ocupaba cada vez más la atención de los políticos estadounidenses, dividiéndolos y restando efectividad a sus acciones. Por otra parte, no puede descartarse que la lucha por controlar la Ruta del Tránsito, así como, posteriormente, el interés por reabrirla, hiciera que los poderosos intereses financieros que habían detrás de ella influyeran sobre los funcionarios de los gobiernos de Pierce y Buchanan, y aun, sobre ellos mismos.

- (3) Los bandos más beligerantes eran por un lado, Garrison y Morgan, y por el otro, Vanderbilt. Las diferencias venían, en sus términos más agudos, desde septiembre de 1853, cuando Vanderbilt envió a sus adversarios una misiva con el siguiente texto: "Me han estafado. No los voy a demandar porque la ley es tardía, voy a arruinarlos". (Folkman D., **La Ruta de Nicaragua**, Colección Cultural 1976, pág. 97). Según Scroggs (Op. cit., pág. 161), la inclinación de Walker hacia el bando de Morgan y Garrison fue vista desde Wall Street como una necesidad que preludiva su caída, dado el enorme poder que ostentaba Vanderbilt.
- (4) "La nota en la cual Mercy manifestaba que el gobierno Rivas-Walker no era la auténtica expresión de un pueblo y que no tenía aún su pleno apoyo, fue pregonada a pulmón lleno en todos los círculos centroamericanos y dio más fuerza al puño de los que planeaban la destrucción de Walker". Scroggs, Op. cit., pág. 178.
- (5) Wheeler actuaba nuevamente por su propia cuenta impulsado por un partidismo hacia Walker que podría ser calificado como ferviente. No obstante, las circunstancias que rodean la actuación del representante americano en Nicaragua dejan entrever cómo, en el fondo, el gobierno de Pierce estaba dispuesto a respaldar a Walker. El padre Vigil había sido reconocido como representante del gobierno de Rivas por el presidente Pierce, que estaba al tanto de que Rivas tan solo era un títere en manos de Walker. Poco después, el secretario de estado, Marcy, giró instrucciones a Wheeler para que reconociera al gobierno nicaragüense. Pero yendo esta comunicación en camino, se produjo el rompimiento entre Rivas y Walker, de suerte que al llegar a manos de Wheeler, Walker se había tornado presidente. Scroggs dice: "Wheeler era demasiado buen amigo de Walker para no aprovechar la oportunidad". (Scroggs, Op. cit., pág. 222). Este último movimiento del embajador en Nicaragua no fue del agrado de Marcy. Según parece, el presidente Pierce y su Secretario de Estado encontraban difícil apoyar un gobierno de Walker mientras éste apareciera como inestable, en tanto que Walker percibía que algunas circunstancias que le impedían ganar estabilidad provenían de la poca resuelta actitud del presidente Pierce para apoyarlo.
- (6) En el capítulo X del libro de Walker, sobre el cual se ha hecho este resumen, también se abandona momentáneamente la narración en tercera persona cuando el autor se dirige a los esclavistas del sur. La cuestión de Kansas a la que se alude surgió al discutir en el Congreso el trazado de las grandes vías de ferrocarril que unirían las dos costas del país. Una disposición introducida a solicitud de los senadores del sur establecía que "la esclavitud seguía a la bandera". De tal manera que el esclavismo podía extenderse legalmente a todos los Estados Unidos (lo cual echaba por el suelo disposiciones anteriores que prohibían la esclavitud al norte de los 30° de latitud). La indignación que provocó este asunto de Kansas (**Kansas-Nebraska Bill**) se extendió rápidamente por los estados del norte. El conflicto entre Norte y Sur se tornaba inevitable.
- Ramiro Guerra (Op. cit., pp. 274 y 275) afirma que, con el **Kansas-Nebraska Bill**, "el Sur, ciegamente, perdía la oportunidad de anexarse a Cuba, en el empeño de asegurarse un medio legal de extender la esclavitud a Kansas. Un propósito resultaba sacrificado al otro". Con las particularidades del caso, Walker traza el mismo razonamiento para Nicaragua.
- (7) Otras fuentes señalan que B. Cole murió después del ataque, ajusticiado por unos campesinos. Todo parece indicar que Walker buscó realizar la memoria de su amigo y compañero de aventuras.
- (8) Desde las elecciones de 1856, el presidente Pierce fue sustituido por James Buchanan. Durante su campaña electoral, Buchanan se pintó, algo tenuemente, como un zimpatizante de la **regeneración de América Central** (aludiendo a Walker). Incluso, cuando llegó a la presidencia, tuvo una entrevista privada con el filibustero. No obstante, las mismas circunstancias referidas en las notas 2 y 5 de este resumen, determinaron que Buchanan,

al final, más bien entorpeciera los esfuerzos de Walker.

(9) Tómese en cuenta que para diciembre de

1857, los hechos que se narran en la próxima y última parte del resumen ya habían ocurrido. Es decir que para cuando Anderson logró los vapores en cuestión, Walker ya había capitulado en Rivas.

